

Persistir en la utopía

Voy a tratar de describirles en pocos minutos los aspectos que me parecen principales del llamado Movimiento de Mujeres en Francia desde que surgió, en la huella de los acontecimientos de 1968. La tarea, en realidad, es imposible, porque no hay una "única" historia de un Movimiento tan complejo y diverso, y mi descripción, inevitablemente esquemática, será la que corresponde a mi experiencia y a lo que la rodeaba y todavía hoy la rodea.

Se trata, pues, de la experiencia de una europea que vive en París, perteneciente a la clase burguesa, que durante siete años militó en un movimiento de extrema izquierda marxista-leninista y maoísta y luego en el movimiento de las mujeres. Mi profesión es doble: desde hace veinticuatro años ejerzo el psicoanálisis, practicado en instituciones hasta 1969 y después en mi consultorio. Por otra parte, a partir de 1969, enseñé en la Universidad de París 8 (ex-Vincennes) donde consagré mis clases al estudio y a la comprensión de lo que pasa, para nosotras, mujeres, en todos los órdenes de la vida y de nuestra relación con el mundo. Sexualidad, maternidad, deseo, Amor-Odio, relación con la política, con los hijos, en el trabajo, el todo siempre en torno de una reflexión sobre el sistema, siempre vigente, que tiene nombre: patriarcado.

No tengo más experiencia del Tercer Mundo que, por un lado, haber enseñado francés en un centro de trabajadores inmigrados, y, por el otro, haber apoyado luchas de esos trabajadores (argelinos, tunesinos, marroquíes, turcos, africanos, portugueses, etc.) a quienes los patrones franceses emplean con bajos salarios, para ejecutar las labores que los franceses ya no quieren hacer.

La crisis económica también causa estragos en Europa, donde hay, me parece, cerca de dos millones y medio de desocupados. Pero somos parte de los países ricos, los que administran la crisis sobreexplotando al Tercer Mundo y puedo afirmar que entre nosotros nadie se muere de hambre.

No puede decirse lo mismo de vuestros países, en los que la miseria material de la mayoría del pueblo sobrepasa todo límite. Frente a la amplitud y a la urgencia de esta situación —de la que el capitalismo europeo es en gran parte responsable— lo que yo voy a decirles y sobre lo que voy a informarles, podrá parecerles irrisorio. Hay tanta diferencia en las situaciones y en las prioridades que me pregunto si esta breve exposición encontrará eco en ustedes. Pero sólo puedo hablar desde el sitio en que me encuentro, donde está mi lucha, y mi experiencia es, por definición, limitada.

Mayo de 1968 en Francia no culminó, como en México, en una tragedia. Fue una gran revuelta, estudiantil al comienzo, pero que se propagó muy pronto a través del

país, llevando a la huelga a todas las fábricas y a muchos otros centros de trabajo (hospitales, grandes tiendas, algunos bancos, etc.), con ocupación por los trabajadores de los sitios de trabajo, asambleas en todas partes e incluso, en la calle.

Mientras los estudiantes se enfrentaban cotidianamente con la policía en el Barrio Latino, por todos lados se discutía, se hacían propuestas, se atacaba a la institución, a los patrones, al saber establecido y cada uno descubría que no estaba sólo. La gran idea, utópica (pero siempre hay que sostener la utopía si uno no quiere quedarse en el campo de los que prefieren mantener lo viejo), es que se quiere otra vida en todos los niveles, privados y sociales, otros vínculos, otras relaciones en el trabajo, en las decisiones, en la cultura y en el saber.

El país estaba paralizado en su funcionamiento habitual; fue presa de una efervescencia verbal en la que tomó forma la esperanza del cambio. Pero todo esto duró poco tiempo: sólo cinco semanas. Charles de Gaulle se apoyó, por una parte, en la burguesía aterrorizada y, por la otra, en el partido comunista francés y en la Confederación General del Trabajo (CGT), completamente desbordados por la novedad de lo que pasaba. Hizo grandes promesas de "participación" y obtuvo, gracias a una votación el regreso al orden.

Pero mayo de 1968, después que lo hicieron las revoluciones rusa y china que acompañaron nuestro siglo, produjo un corte. Tal vez inauguró una nueva manera de hacer y de pensar la historia: contemporáneo de la revolución cultural china, era su relevo en un país capitalista y, como tal, ha dejado huellas que no cesan de revelar su verdadero sentido. Nació una gran cantidad de grupos, ecológicos, homosexuales, musicales, etc., muchas comunidades vieron la luz. En el plano político, surgió una serie de organizaciones de extrema izquierda (marxistas-leninistas, trotskistas, maoístas...) que intentaron vincularse a los trabajadores en las fábricas para apoyar sus luchas, inspirándose en Marx, Lenin, Trotski o Mao Ze Dong. En esa época todavía se creía en la revolución.

Del lado de las mujeres nació un movimiento que siempre se llamó "Movimiento", en razón de que nunca se consolidó como un partido único y siempre vivió a merced de grupos muy diversos y de iniciativas múltiples que se discutían en vastas asambleas generales, a veces tumultuosas, cada quince días, en el auditorio de Bellas Artes.

Hasta nuevo aviso...

* Marie-Claire Boons, psicoanalista francesa, autora junto con otras del libro colectivo *C'est terrible, quand on y pense*. En el verano de 1984 expuso este balance del movimiento feminista en Francia, en El Colegio de México, en el marco del PIEM (Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer).

Hubo un intento de depositar una corona en L'Etoile, en honor a la mujer del soldado desconocido, aún más desconocida que él... Hubo jornadas de denuncia de crímenes contra las mujeres que se hicieron en la Mutualité. La prensa empezó a hablar de nosotras y nos dió un nombre: MLF (Movimiento de Liberación de las Mujeres). En 1971, 343 mujeres (entre las que había algunas figuras importantes) firmaron un manifiesto en el que declaraban haber abortado alguna vez. El Movimiento por la Libertad del Aborto y su organización, el MLA, surge en esos días. Surgieron espontáneamente grupos de conciencia en los que se practicaba una suerte de psicoterapia colectiva entre mujeres.

El conjunto es complejo, movedizo, más fácil de comprender si se le describe dividiéndolo en dos grandes sectores.

1. Lo que se llamaba las feministas radicales, que pensaban que la lucha contra el patriarcado no dependía de la lucha de clases. Estas mujeres negaban la necesidad de integrarse a las luchas obreras, se oponían cada vez más a cualquier mezcla en este sentido, y persistían en la denuncia de la opresión específica que se ejerce sobre las mujeres. Fueron el motor de todas las luchas por el aborto, el desarrollo de la contracepción y en contra de la violación.

2. La otra corriente, llamada "lucha de clases", sostenía que no habría cambio para las mujeres si no había un cambio global de las estructuras capitalistas, si no surgía una nueva relación de clase y una transformación en las estructuras de explotación y de reparto de las riquezas. Las mujeres de esta corriente se integraron al principio a diversas organizaciones revolucionarias y, también, a los partidos tradicionales de izquierda (Partido comunista francés, Partido socialista, Partido Socialista Unificado). Estas muchachas, que creían en la revolución, militaron fundamentalmente en las fábricas, o a sus puertas, en los barrios obreros, y llevaron al seno del Movimiento de Mujeres la línea de sus organizaciones políticas.

Muchas de ellas descubrieron que, como mujeres, eran explotadas por los diferentes movimientos de sus respectivas organizaciones. Luego de hacer la experiencia de un dogmatismo y un sectarismo, de un terrorismo del pensamiento que es germen de todo sistema totalitario, muchas, no sin haber intentado luchar durante años para cambiar las cosas en el interior de sus grupos políticos, dejaron sus organizaciones y entraron en el Movimiento, sin abandonar no obstante la convicción de que no había que apartarse de la lucha de clases.

Esto significó un refuerzo del Movimiento y un debilitamiento progresivo de las organizaciones revolucionarias, el cual estuvo determinado por una coyuntura de orden general: el desarrollo de la crisis del marxismo iniciada por la revolución cultural china, y la intensificación de la crisis económica.

Cualesquiera fueran las divisiones en el seno del movimiento, su desarrollo fue fantástico: los diarios, revistas y libros de mujeres llenaban las librerías. Se practicaba (no sin angustias) la libertad sexual, se reivindicaba la posesión del propio cuerpo, la decisión de ser madre, se predicaban nuevos tipos de goce que cuestionaban la dictadura de la penetración y del orgasmo vaginal. Se tenía una piel, lugares sutiles, e ignorados, en el cuerpo: el falocra-tismo tuvo que batirse en retirada. Era una época a la vez dura y entusiasta en la que se creaban organizaciones diversas: desde el FMA (*Féminin-Masculin-avenir*, Femenino-Masculino-Futuro), primero en el tiempo, hasta librerías, cafés de mujeres, pasando por el MLA (Movimiento de Liberación por el Aborto), SOS, *Femmes Battues* (Mujeres golpeadas), centros de formación y de información, grupos de mujeres en los barrios, etc., se reivindicaba el derecho al trabajo y un salario igual al de los hombres.

El principio rector, la palabra central de esta época, giraba en torno a la denuncia del patriarcado, el sexismo, de la opresión de las mujeres, en acción por doquier.

Muchas mujeres habían sido destruidas en su cuerpo, en su corazón, en sus deseos y en el ejercicio de su inteli-



Foto: Françoise Girard

gencia: contra esta destrucción declaramos la guerra y afirmamos que era posible otra vida. Sí, la guerra de los sexos fue declarada por todas aquellas que rechazaban ser sus sempiternas víctimas y se negaban a seguirlo siendo como si esa guerra no existiera, ya sea haciendo como que no había ningún problema y cerrando los ojos, ya sea refugiándose de nuevo en la esfera de la maternidad.

Este lanzamiento de la guerra de los sexos fue un acto de ruptura en la ideología dominante. Fue un acto de *separación*. De separación esencial en las figuras y en los papeles con los que el imaginario masculino nos disfrazaba: ídolo sobre un pedestal, por un lado, madres poderosas, por el otro, pero también esclavas en el ámbito familiar. A riesgo de perder lo que daba lugar a un falso reconocimiento, de una identidad falsa, o a la sensación de existir (un poco) sólo a partir de sus deseos, nos salimos de esa mirada que echaban sobre nosotras. Nos separamos.

Separación radical para aquéllas cuya estructura subjetiva y la fuerza de los ideales que defendían, les permitían constituir toda su vida afectiva entre mujeres, sin relaciones amorosas o sexuales con hombres. Separación compleja, incluso dramática, para aquéllas, muy numerosas, que, ancladas en la estructura heterosexual de sus deseos, no abandonaron el espacio habitado por los hombres y continuaron haciendo no solamente hijos sino compartiendo toda su vida con ellos.

En cierto modo, lo que empezó a ser trabajado, trabajo de gestación que apenas acaba de comenzar, es la cuestión de nuestra identidad: en una separación transitoria, simbólica o real, táctica, del término nombre, nos aventuramos en esta afirmación, que es inmensa: somos más y otra cosa que el puro síntoma del imaginario masculino. Somos más y otra cosa que las mujeres que tradicionalmente quieren, que siempre han querido para ellos y según ellos. O, incluso, en un Movimiento que destruye los papeles de base, somos diferentes a los hombres, aun cuando tengamos el mismo oficio que ellos.

Esto fue un descubrimiento a la vez colectivo y local en el conjunto social. Un descubrimiento que fue dicho. Un descubrimiento interruptor que fabrica un producto nuevo. Un acontecimiento en la historicidad: se produjo y al producirse, la verdad que trajo puntualmente hizo un boquete, forzó un punto de imposible en el orden legalizado de los lugares y en el dispositivo del saber existente y de sus representaciones. En efecto, el orden patriarcal prevé que las mujeres son mujeres según el orden previsto por los hombres o para los hombres, o bien que las mujeres tienen un complejo de masculinidad. Y esto sigue en curso: o reproductoras por un lado, u objeto para el sueño, el deseo y el placer, por el otro. Asignadas al cuidado del niño pequeño, al servicio alimentario, maternal o sexual del hombre. Encargadas siempre de cuidar el mundo del otro, siempre arrancadas de ellas mismas, esas funciones se desplazan poco o mucho en el "mundo" del trabajo: pienso en las prostitutas en primer lugar, pero también en las secretarias, sirvientas, obreras, enfermeras de hospital. O si no, cuando llegan a ser directoras de empresas, responsables sindicales, médicas, capatazas, pilotos de avión, profesoras universitarias, escritoras o directoras de teatro, son acusadas de querer imitar a los hombres o se las sospecha de ser fálicas..., especies de hombres más o menos logradas. Pero no más mujeres. No hay nombre todavía para aquella que dos mujeres —Helène Cixous y Catherine Clément— llaman, en un libro muy bello, *La jaune née* (la recién nacida).

Ahora bien, entendida como proceso, una verdad, una vez puesta en juego, puesta a trabajar, supone siempre un más que agrega un decir, una designación, a la ruptura que ha producido: necesariamente se abre un proceso de recomposición del orden roto, afectado en el lugar mismo de lo que no podía decir.

Toda la cuestión, entonces, es saber quién va a ganar la partida en ese tiempo de recomposición: una subjetividad reactiva librada al elemento espontáneo de lo razonable y que sólo pretende olvidar lo que ha sucedido o limitar de nuevo, en una restauración del orden focalizada sobre el orden y el saber antiguos o, por el contrario una subjetividad innovadora, que se mantiene firme sobre lo que ha sucedido y delimita e instaura, por consiguiente, un campo nuevo como horizonte de lo que puede ser dicho y puesto en práctica.

Nos situamos hoy, después de esta lucha regocijante y entusiasta que les he descrito, después de ese impulso colectivo e histórico que signó nuestra rebeldía contra el patriarcado y su ideología, nos situamos en un combate cotidiano, mucho menos aparente pero muy difuso, contra una subjetividad reactiva que, fuera de nosotras, en el campo social como en el del saber, pero también en nosotras, trata de invalidar y de olvidar lo que fue puesto en crisis y en juego.

Vivimos ahora una etapa de lucha en la que se trata de pensar lo que pasó, de aquilatarlo, de reflexionar sobre lo que fue la fuerza del movimiento y su debilidad, sobre lo que nos liga a los hombres, incluyendo la cuestión del inconsciente en el análisis de lo que nos determina. Más concretamente, estamos trabajando en lo que podría ser una nueva identidad de mujeres y, en consecuencia, en una nueva relación con los hombres, provocados a reaccionar. Pero defendiendo lo que sucedió. Como decía Rimbaud, hay que "conservar el paso ganado". El trabajo ha comenzado, un poco a la manera de termitas que corroen la gran barraca del viejo mundo. La ilusión de que

todo iba a cambiar de inmediato ha sido reemplazada por la idea de una lucha larga, tan larga que nos parece infinita. Más que de luchas frontales, la etapa es de "pensamiento en lucha". Esto no quiere decir que no haya luchas concretas: movilizaciones en torno de procesos que se siguen a mujeres: la reciente lucha la bautizamos "Un barco para Argelia"; la batalla para salvar de la lapidación a una mujer inmigrada shrilanquesa que trabajaba en Abu-Dhabi, acusada de adulterio y condenada a muerte por la ley musulmana.

Esto quiere decir que la principal tendencia actual del movimiento consiste en constituir sitios alternativos (como "*la Millénaire*" —la milenaria—, universidades de mujeres, el grupo Límites-Fronteras, etc.), o bien utilizar los lugares institucionales existentes para apropiarse de las teorías y el saber en curso, para criticarlos y hacerlos nuestros. Atrevemos a teorizar, a pensar, ésa sería ahora la premisa esencial. Tanto que quienes tienen el privilegio de haber hecho estudios son solicitadas por otras mujeres para que piesen con ellas, lentamente, minuciosamente, sobre temas tales como nuestra relación con el sacrificio, la maternidad, la sexualidad, el placer, el amor. Y, yendo más allá, sobre la cuestión del falo, sobre las trampas de lo imaginario, sobre los mecanismos de la identificación. O pensar con las abogadas el problema del derecho, de nuestra relación con la ley del Estado y de la familia. Después de haber obtenido una ley sobre el aborto legal, estamos en condiciones de tomar posición y comprender cuáles son las ventajas y los inconvenientes de una ley sobre el sexismo que hace estragos en todos los estratos del funcionamiento social.

¿Cómo pensar actualmente el Estado y nuestra relación con él? ¿Cómo obtener créditos sin dejarse enajenar por quien los otorga? Cuál es nuestra relación con el trabajo, en una época en la que los sociólogos predicen un ascenso ineluctable de las tasas de desempleo y, en consecuencia, una necesaria redistribución de los naipes en ese terreno? Con antropólogas, historiadoras, estudiamos los orígenes del patriarcado, la historia de las mujeres, la distribución de los polos masculino-femenino en otras sociedades diferentes a la nuestra. Con viejas militantes reflexiones sobre la cuestión del compromiso político: ¿qué es hacer política hoy en día si uno se aparta de la política tradicional de los partidos y no quiere caer en la asistencia social?

No se trata de hacer teorías, sino de apropiarse de ellas para "inventar" a partir de ellas, y lo mismo en cuanto a las prácticas en curso. No solamente decir lo que deseamos, lo que hemos empezado a vivir, sino comprender los mecanismos de lo que nos determina y captar nuestra responsabilidad de mujeres sobre lo que podría cambiar. Habían encerrado nuestras fuerzas, tan grandes, nuestras riquezas, nuestro conocimiento de la vida, sí, las habían encerrado. Se trata de liberarlas, de hacer de ellas la poderosa palanca de una sociedad que está cambiando.

Hemos hecho, también, y lo hacemos todavía, un amplio balance del movimiento, de sus dificultades, de sus debilidades: cómo pudo reproducir en su seno mecanismos que atribuimos al patriarcado y al capitalismo (competencia, rivalidad, poder, celos...), cuando habíamos vivido durante años con la maravillosa ilusión de que al menos de nuestra parte, toda sería puro? ¿Cómo en la época del militantismo abierto, hemos vivido nuestra relación con la disciplina? ¿Y nuestra relación con los hombres? ¿Y la liberación sexual? 2.

Después de haber trabajado durante más de diez años solamente entre mujeres, ahora invitamos a nuestros coloquios o reuniones también a los hombres, pues algunos comienzan a comprender que ellos son también víctimas del patriarcado, así como del capitalismo. ¿Cómo construir una diferencia que ya no sea jerarquizada? ¿Cómo conquistar el "dos" de una diferencia en la que uno de los términos de la pareja no se alinie más al otro? Conquista y simbolización de un nuevo DOS: esto implica necesariamente una invención. En mi opinión esta invención sería un desplazamiento simbólico: el vínculo que se constituye no se establece ya solamente a partir del emblema (fálico) que el patriarcado ha "imaginarizado" según el pene paterno para hacer de él la condición de ingreso en el orden simbólico y social.

No se trata, sin embargo, de buscar en el útero el equivalente del falo, de cargar sobre nosotras las cuestiones del cuerpo para dejar que la civilización se perpetúe en la homosexualidad masculina. Tampoco por cierto de encontrar un "más acá" de la simbolización, es decir una fusión de la que seríamos las grandes artífices, pues ese "más acá" está incluido en las estructuras establecidas y, por eso mismo, hizo enmudecer a las mujeres.

Se trata, en verdad, de desplazar los roles, las conductas, de dar una inflexión al saber, de producir en él algo nuevo que metamorfosee el "dos" siempre pensado a partir del uno de los dos sexos: dejar que surja, del dos y entre los dos, una diferencia que no sea reductible al uno de los dos, diferencia al mismo tiempo irreductible y fluida, flexible³.

¿Por qué consideramos tan importante pensar este combate de tan largo aliento? Porque nos parece que en la historia (y muy especialmente en los momentos de fracturas históricas, como la revolución Francesa, la Comuna, las revoluciones iraní y argelina, etc.) las mujeres siempre han aparecido en la escena social a gritar su rebeldía, sus deseos. Pero eso no entraba en el relato de la Historia y pronto se desmoronaba porque ellas no se concedían los medios para constituir un pensamiento y un saber colectivo que constituyeran un discurso.

Tal vez las condiciones históricas no estaban dadas para que ese trabajo simbólico fuera posible y se inscribiera en el tiempo. En todo caso, hoy creemos que ésa es una tarea esencial y que hay que entregarse a ella paciente y sin tregua, y más aún cuando las adolescentes que entran ahora a la escena no viven como sus mayores en un espacio de lucha y de reivindicaciones abiertas. Muchas ni siquiera saben muy bien de qué se han beneficiado, ni quién ha cambiado sus vidas en relación con las nuestras.

Otro gran problema actualmente en Francia es que el Movimiento, cuya base clasista eran las mujeres de la pequeña burguesía, ya no está realmente ligado a las mujeres más explotadas. Tanto que, reforzó a mujeres que ya detentaban ciertos privilegios sociales (tener tiempo para pensar, recursos suficientes para vivir solas). Por lo general dejó fuera a otras mujeres, quienes sólo reciben de manera indirecta las nuevas ideas y conductas.

Hay ahí un problema no resuelto. Por el contrario, en París y en Bruselas, hemos desarrollado una gran solidaridad con grupos de otros países; organizamos coloquios y reuniones con africanas e iraníes y reflexionamos con ellas sobre los problemas que les plantea la poligamia, la excisión, el matrimonio forzado, las lapidaciones por adulterio, etcétera.

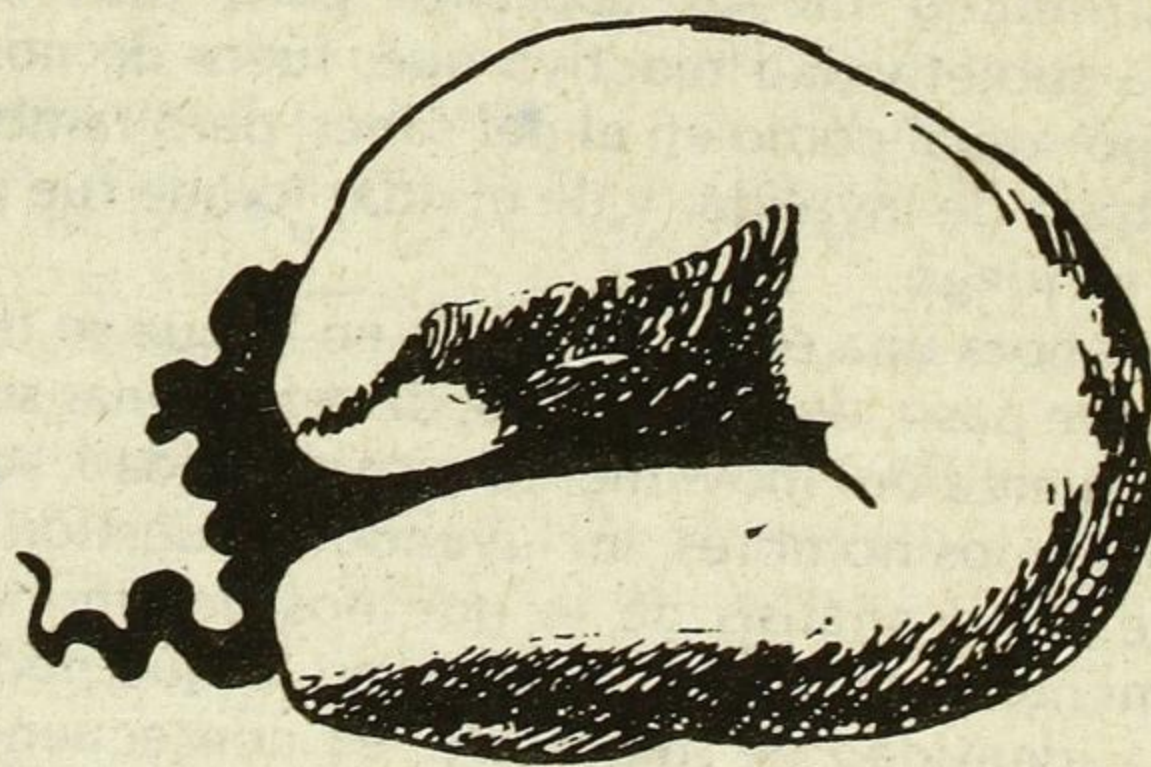
Por supuesto, la burguesía y el imperialismo dominantes tratan sin cesar de absorbernos y hay que tener una vigilancia extrema para no entregar nuestras energías frescas y vigorosas al funcionamiento del capitalismo, siempre alerta a lo que podría alimentarlo sin tocar las estructuras sociales; hay que velar cotidianamente para que nuestro discurso no sea "recuperado" como discurso ideológico que enmascara la lucha de clases.

Se trata, en una atención solidaridad, permanente, de vivirse como sujeto, mujeres, no solamente en nuestras reuniones, coloquios, cursos, sino allí donde vivimos, donde trabajamos, y de sentirnos concernidas colectiva y prácticamente, en la medida de nuestros medios, que son limitados, por las injusticias que se cometen en contra de las mujeres y, en términos más amplios, por toda injusticia. Esta solidaridad no es obvia. Hay que reconquistarla sin cesar: escuchar lo que se dice fuera, saber lo que pasa más allá de nuestros círculos estrechos. Es difícil, pero más difícil aún es intervenir activamente. Sin despreciar a quien no es igual a nosotras. Sin dejar de cuestionarse. Sin ceder en el aspecto riguroso de nuestra identidad en proceso la cual no ha sido ganada de una vez para siempre y que, en el fondo, es el objeto de una apuesta que no puede ser sino colectiva, y que se sostiene sobre esta convicción: el patriarcado no es eterno.

Quisiera terminar esta exposición esquemática como terminé un pequeño balance que traté de hacer en París, un 8 de marzo, día de la mujer, con una idea que me es muy cara, una idea utópica (como ustedes lo saben, y quizás ya lo haya dicho, hay que persistir en la utopía) en cada uno y en cada una de nosotros(as), hay un más allá de nuestras identidades sexuadas. No deberíamos seguir combatiendo para afirmar una identidad como es ahora el desafío actual. Un día podremos, en el centro mismo de una irreductible diferencia, desaparecer como "mujer" y como "hombre" y ser, por fin, sutilmente, lo que ya somos, de acuerdo con las múltiples identificaciones propias de cada una y de cada uno.

He conservado siempre, en relación con los hombres, esta frase de Rilke con la que terminé lo que quería decirles: "El amor no será más el comercio de un hombre y de una mujer, sino el de una humanidad con otra. Más cerca de lo humano, será infinitamente delicado y lleno de consideraciones, bueno y claro en todas las cosas que anude o desanude. Será ese amor que preparamos luchando duramente: DOS SOLEDADES que se protegen, se completan, se limitan y se inclinan una ante la otra".

Traducción: Lununa Mercado



² Cf. *c'est terrible quand on y pense*, (Es terrible cuando se lo piensa), París, Galilée.

³ A este respecto véase el bello libro de Luce Irigaray, *Ethique de la différence sexuelle* (Ética de la diferencia sexual), París, Minuit.